

INTERNACIONAL

Las explosiones en Guinea Ecuatorial, que causan 105 muertos al menos, desnudan las carencias de un país rico en petróleo

“En una hora se nos acabaron hasta las gasas”

JOSÉ NARANJO, Dakar
“El material fue insuficiente desde el primer minuto en que empezaron a llegar los pacientes. Hasta las gasas, todo lo fungible usado para atender a los heridos, se nos terminó todo en menos de una hora”, asegura un médico ecuatoguineano que pidió no ser identificado y que trabaja en uno de los tres hospitales de la ciudad de Bata, donde tres explosiones en una base militar el domingo causaron al menos 105 muertos y 615 heridos. “Es que no son hospitales. Son edificios donde no hay medicamentos, ni equipamiento, ni personal formado”, asegura el líder opositor Andrés Esono, para quien detrás de este accidente están “la corrupción y el nepotismo de un régimen incompetente”.

La tranquilidad de Bata se vio alterada el domingo cuando, sobre la una y media de la tarde, tres grandes detonaciones destruyeron los edificios del cuartel militar de Nkuantoma en un radio de unos tres kilómetros. Primero, la propia base militar, en la que vivían decenas de soldados y sus familias. Pero también cientos de casas de los barrios populares cercanos, cuyas paredes, techos y ventanas se cayeron sobre sus residentes. Horas más tarde, el presidente, Teodoro Obiang, el dictador que gobierna Guinea Ecuatorial desde el golpe de Estado del 3 de agosto de 1979 —es el jefe de Gobierno que lleva más tiempo en el cargo del mundo—, atribuyó las explosiones a una quema descontrolada en un terreno agrícola cercano a la base y al “manejo negligente de dinamita” de los propios militares, que la habrían situado próxima a un arsenal de armas.

“La imprudencia, la ignorancia de la gente y la malicia de aquellos que conocían la peligrosidad... sobre todo los que han ido a depositar las dinamitas cerca del depósito de municiones son los que evidentemente tenemos que acusar”, dijo Obiang en una entrevista en la televisión pública TV-GE. “Como se ha dejado en un lugar libre y cerca de la población hemos sufrido esa devastación”.

Ayer sacaron los últimos siete cadáveres de debajo de los escombros. “Es un crimen almacenar toda esa munición junto al pueblo llano”, asegura Tutu Alicante, di-



Escombros en una calle tras las explosiones del pasado domingo en Bata. / JOSÉ LUIS ABECHARA (EFE)

rector de la ONG EGJustice, “exigimos una investigación independiente y que se depuren responsabilidades al más alto nivel”. Andrés Esono, secretario general del partido opositor Convergencia Para la Democracia Social (CPDS), señala al propio Obiang. “Es el comandante en jefe, no puede lavarse las manos. Se sitúa a los incompetentes en puestos de responsabilidad y a los capaces se les margina. Este régimen es incapaz de gestionar nada y sus torpezas nos van a llevar al abismo”, comenta.

Las primeras imágenes, difundidas a través de la citada televisión y videos grabados por los ciudadanos, mostraban a cientos de personas, algunas de ellas heridas, huyendo de la zona donde se produjeron las explosiones. “Fue

“Los heridos iban al hospital por su propio pie”, señala un exdiputado

“Detrás del suceso están la corrupción y el nepotismo”, dice un opositor

el sálvese quien pueda”, asegura el exdiputado Plácido Micó, “los heridos llegaban a los hospitales por su propio pie o se organizaban entre ellos”. Los centros médicos se vieron rápidamente desbordados por la afluencia de personas y el Gobierno pidió ayuda a Naciones Unidas, desde jeringuillas hasta vendas pasando por alimentos y material de primeros auxilios, al tiempo que hacía un llamamiento a personal médico de todo el país para acudir a Bata.

Consultado por EL PAÍS, el ministro de Información, Virgilio Seriche, se remitió, a través de un portavoz, a la televisión pública y a la página web del Ejecutivo.

“No solo se acabó el material médico, no había ni camas. Algunos pacientes se colocaban enci-

ma de las mesas y allí les atendíamos. El primer ministro acudió a los vendedores malienses que estaban en el mercado y ellos cedieron colchones, que se colocaron en los pasillos, así estábamos”, añade el mismo médico. Desde la oposición coinciden en que la falta de recursos es la consecuencia de un régimen que apenas ha invertido en sanidad o educación. “Todo el dinero del petróleo va a parar a grandes infraestructuras faraónicas, puertos, aeropuertos, palacetes y ciudades en medio de la selva que no sirven para nada, mientras que si un ciudadano va al hospital y no tiene dinero para comprar el material, no lo van a atender”, remata Esono.

Guinea Ecuatorial tiene tan solo un millón de habitantes y es el sexto productor de petróleo de África, con 140.000 barriles diarios, según el Gobierno. “Seguramente es mucho más, porque las petroleras norteamericanas no están reportando todo lo que extraen”, asegura Alicante.

Índices de pobreza

Los ingresos petroleros hacen que el país tenga uno de los PIB por habitante más altos de África —más de 7.200 euros, según el Banco Mundial—, pero no logra bajar sus índices de pobreza. “Guinea Ecuatorial ha concentrado sus esfuerzos en la creación de una infraestructura impresionante”, aseguraba un informe del Fondo Monetario Internacional de 2015, “aunque el progreso en indicadores sociales ha sido lento”. Al mismo tiempo, el vicepresidente, Teodoro Nguema, conocido como Teodorin e hijo del presidente, fue condenado en 2017 en Francia por corrupción y es conocido por su elevado tren de vida.

“Miles de personas se han quedado sin casa o tienen miedo de quedarse en la zona”, asegura un residente en Bata que también pidió no ser identificado, “algunos se han ido al interior del país con sus parientes, otros se fueron al paseo marítimo donde la empresa Grupo Martínez Hermanos ha puesto carpas para que la gente duerma”. El vicepresidente pidió a los ciudadanos que regresaran a sus casas porque el peligro había pasado. “El problema es que para muchos no hay un lugar donde volver y otros siguen desconfiando”, añade Micó.

OPINIÓN / EVA BORREGUERO

El dilema uigur

Nunca hasta ahora un alto cargo del Gobierno chino se había dirigido al Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas. El 22 de febrero lo hizo el ministro de Exteriores, Wang Yi, que expuso las líneas maestras de unos “derechos humanos con características chinas”. Un popurrí de la Declaración de Bangkok de 1993, crítica marxista y relativismo cultural. Una visión donde los derechos del individuo son reemplazados por los abstractos y genéricos del “pueblo”; los económicos, disociados de los civiles, y la universalidad de los mismos, intercambiada por una libre interpretación nacional. En suma, un retorno a la concepción comunista de los

derechos humanos, facilitado por la nueva presencia de China y Rusia en el Consejo y la ausencia de FF IIII, Trump mediante. No ha lugar a las críticas e injerencias externas. Ni en Hong Kong, ni en Xinjiang, la extensa región del noroeste de China donde viven los uigures musulmanes.

En los últimos meses, se han intensificado las denuncias de abusos contra la minoría uigur. La BBC, en un reportaje que le ha costado la expulsión de China, habla de violaciones sistemáticas de mujeres en los campos de detención, donde están encerrados más de un millón de uigures para su “reeducación”. Regresa la consabida fórmula maoísta de “reforma del pensamien-

to”, vista desde el exterior como un nuevo gulag. ¿La finalidad? Erradicar la creencia islámica uigur. Según una investigación del académico Adrian Zenz, muchos de ellos trabajan como mano de obra esclava en la producción de algodón, destinado a conocidas marcas de moda consumidas en Occidente. Si bien la acusación más grave ha sido la de genocidio, emitida por Países Bajos, Canadá y Estados Unidos.

Lo ocurrido coloca a la Unión Europea en una posición incómoda. Por lo general se ha mantenido una política de crítica velada y compartimentación temática: de un lado los ideales políticos, de otro los devengos económicos, siguiendo una

praxis compatible con la de Pekín. En los foros sobre relaciones comerciales, la cuestión de los derechos humanos brilla por su ausencia. Más sorprendente resulta el silencio de dirigentes musulmanes ante la persecución. Especialmente aquellos que agitan las aguas de la islamofobia en Occidente: Erdogan en Turquía e Imran Khan en Pakistán. Coexisten la hipersensibilidad manifiesta hacia la blasfemia —como el boicot comercial a Francia tras el asesinato del profesor Samuel Paty— y un síndrome de Riley-Day hacia la causa uigur: “Sinceramente, no estoy al tanto” respondió Imran Khan. Son rehenes de la dependencia económica, y militar en el caso paquistaní, hacia la superpotencia asiática. Es preciso rechazar la máscara de la separación entre derechos económicos y políticos, o la primacía de aquellos. Aun cuando sea difícil dada la posición europea.

@evabor3